

CADA VEZ RESULTA MAS DIFICIL TRAZAR UNA LINEA DIVISORIA ENTRE EL HOMBRE Y EL ANIMAL

—¿Por qué ese título: «La Société contre nature»?

SERGE MOSCOVICI.—Por ironía. En efecto, yo no creo en la existencia de una oposición entre sociedad humana y naturaleza; por el contrario, todos los teóricos tratan de explicarnos que la sociedad es la negación de la naturaleza, una organización constituida por el hombre para paliar las carencias de la naturaleza o para dominarla. Durante mucho tiempo se ha venido definiendo lo no-humano por la ausencia de sociedad; así, se decía de las sociedades animales que no eran «en realidad» sociedades, sino organizaciones naturales regidas por instintos diversos. Incluso en el siglo diecinueve, al hablar de las sociedades llamadas «primitivas», se decía estaban a un nivel inferior al de las civilizadas por el simple hecho de ser menos «humanas». No hace demasiado tiempo, los antropólogos seguían esforzándose en demostrar que los negros estaban más cerca del mono que los blancos. De hecho, siempre que se calificaba a un grupo determinado como «natural», era para dar al grupo dominante —que se autocalificaba como «social»— el derecho a dominar.

EDGAR MORIN.—Usted demuestra también cómo se ha clasificado tradicionalmente a las mujeres dentro de ese grupo «natural» a fin de dominarlas. Pero antes de nada creo que es útil recordar que usted llegó a esa concepción de una sociedad «natural» gracias a cierto número de descubrimientos recientes relacionados con las costumbres de los primates y del hombre prehistórico. Estos hechos, que apoyan nuestra tesis, son poco conocidos en Francia. Incluso en los me-

Desde siempre el hombre ha sido el único animal considerado como no natural. Podía ser un «juncos pensante», pero su pensamiento, su sociedad —en una palabra, su cultura—, le distinguía de los demás seres vivos. He aquí, sin embargo, que la ciencia descubre que todo lo tradicionalmente considerado como específicamente humano, existe ya en germen en el animal. Los monos también tienen una cultura, una sociedad, y pueden comunicarse entre sí. ¿Qué utilidad tenía entonces esa célebre división entre naturaleza y cultura? Tal vez servía para clasificar, bajo la rúbrica de «naturaleza», a todos los seres vivos a quienes el hombre trataba de dominar en nombre de la civilización. ¿No son las mujeres y los negros más «naturales» que los hombres y los blancos? Dos acontecimientos recientes han contribuido a arrojar nueva luz sobre estos problemas. Por un lado, el libro de Serge Moscovici, «La société contre nature»; por otro lado, el reciente encuentro en la abadía de Royaumont (en Francia), en el que han participado cuarenta investigadores de diversos países y disciplinas; encuentro organizado por el Centro Internacional de Estudios Bioantropológicos y de Antropología Fundamental (CEBIAF), creado por Edgar Morin. Este sociólogo y el autor del libro citado, Moscovici, se pronuncian en estas páginas sobre esta nueva concepción del hombre y de la ciencia.

Próximamente, TRIUNFO publicará algunos trabajos sobre «Ideología y medio ambiente».

NATURALEZA Y CULTURA

TODOS SOMOS PRIMATES

dios que se ocupan de las ciencias humanas; diría incluso que son poco conocidos sobre todo en estos medios. Por eso me gustaría que contestara a la siguiente pregunta: de entre todos estos descubrimientos, americanos y británicos en su mayor parte, ¿cuáles le parecen a usted más importantes?

MOSCOVICI.—El hecho fundamental es éste: se ha descubierto

que un gran número de seres vivos —casi todos, en realidad— poseen una auténtica organización social.

Una barrera abolida

—¿A partir de qué reglas se comienza a definir una organización social?

MOSCOVICI.—Hay organización social cuando existe una jerarquía

sexual, un código que reglamenta la comunicación y las relaciones sexuales. Por ejemplo, se ha descubierto que entre numerosas especies de monos, los jóvenes machos son regularmente excluidos del grupo. Tal exclusión, que ha desempeñado un papel de primer plano en la aparición de los homínidos, se lleva a cabo sobre una base social, y no individual.

MORIN.—Efectivamente, durante mucho tiempo se pensó que los monos vivían en hordas bajo la autoridad puramente sexual de un macho tiránico y polígamo, cuando en realidad constituyen verdaderas sociedades.

MOSCOVICI.—Sí, la sociedad está omnipresente. Ya no podemos decir «la sociedad» para referirnos únicamente a la sociedad humana y, por consiguiente, no cabe tampoco decir que la sociedad humana es «antinatural», pues para serlo sería preciso que sólo hubiese una «naturaleza». Ahora bien, no hay una naturaleza única. Toda naturaleza es histórica, como toda sociedad es natural.

—La oposición tradicional entre Naturaleza y cultura se viene, pues, abajo. Pero, díganos, Edgar Morin, ¿no se abordó precisamente este mismo tema en la reunión Royaumont?

MORIN.—Cierto. Este fue el tema más importante de todos los discutidos. Y si Serge Moscovici estudia en su libro el paso de los primates al hombre, varios sabios (los Premios Nobel, Jacques Monod, François Jacob y Salvador Luria, entre ellos) presentaron en ese congreso importantes ponencias en las que se demostraba que seguimos siendo en realidad primates, y

TODOS SOMOS PRIMATES

que, justamente, no existe ninguna barrera absoluta entre los monos superiores y los homínidos, y, por consiguiente entre naturaleza y cultura.

—Sin embargo, habría que ponerse de acuerdo sobre la definición de uno y otro término...

MORIN.—Digamos que cuando estudian al hombre, los científicos se reparten en dos grandes grupos. Por un lado, los que se interesan por la cultura, su lenguaje, sus sociedades, su historia... Es decir, lo que tradicionalmente se ha venido llamando su lado humano. Al otro grupo pertenecen los que estudian al hombre como animal y conglomerado físico-químico. Estos últimos, biólogos, bioquímicos, especialistas en genética, zoología, etcétera, se dedican a las llamadas ciencias «naturales». Es decir, que se traza una barrera entre la cultura del hombre, la cual está supuestamente en constante transformación, y su naturaleza biológica, física o química, de la que se dice que es estática.

«Pero, como hemos dicho Moscovici y yo, no parece que haya ninguna barrera cualitativa infranqueable entre estos dos aspectos del hombre. Antes bien, esta barrera resulta cada vez más arbitraria. En psicología, lo mismo que en Medicina, ha sido siempre franqueada en la práctica. La superación de esta barrera implica que las ciencias humanas deben tomar en consideración las ciencias naturales, y viceversa. Por otro lado, en el transcurso de los quince últimos años, Lévi-Strauss ha venido insistiendo cada vez más en la necesidad de reintroducir a las ciencias de la cultura dentro del marco de las ciencias de la Naturaleza. Se trata, en efecto, de revisar radicalmente los conceptos tradicionales que tenemos del hombre. Varios de los sabios presentes en las reuniones de Royaumont han iniciado ya este camino.

El útil del animal

—Serge Moscovici acaba de decir que «la sociedad está omnipresente». ¿Cuáles son las consecuencias de esta idea?

MOSCOVICI.—En primer lugar, que cada vez resulta más difícil trazar una línea divisoria entre el hombre y el animal. Usted sabe que durante mucho tiempo los antropólogos se han esforzado en encontrar un rasgo distintivo, un rasgo que bastase por sí solo para levantar entre ambos una barrera absoluta. En su empeño, los antropólogos lo han probado todo. Primero, midieron el volumen del cerebro. Después, cuando se dieron cuenta de que la diferencia no era significativa, dijeron que el hombre se distinguía del resto de los seres vivos en que era capaz de fabricar útiles. Sin embargo, Jane Goodall ha demostrado que los chimpancés son capaces de arrancar una rama, limpiarla y utilizarla

después a guisa de vara para extraer de sus hormigueros las termitas que luego comerán. Recientemente se ha constatado incluso que los chimpancés son capaces de adquirir un lenguaje simbólico y que la comunicación gestual está altamente desarrollada en sus sociedades.

MORIN.—Sí, en la reunión de Royaumont hemos asistido a la proyección de una serie de films extraordinarios sobre este tema. Ya les hablaré de ellos.

MOSCOVICI.—No existe, pues, ningún rasgo diferenciador absoluto entre el hombre y el animal. Lo que es preciso comprender son las condiciones que permitieron que tal o cual rasgo potencial en el animal llegase a convertirse en un rasgo actual en el hombre. Por ejemplo, los primates son generalmente omnívoros; es decir, carnívoros en potencia.

MORIN.—Creo que esa posibilidad que tienen los primates de convertirse en carnívoros pesa mucho en su argumentación.

MOSCOVICI.—En efecto, explica muchas cosas relacionadas con el desarrollo de las sociedades humanas a partir de los primates. Lo que he tratado de mostrar es el modo

Edgar Morin: «El hombre debería ser concebido como un ecosistema».



en que se ha realizado el paso gradual de los monos superiores a los homínidos. Pues bien, creo que el paso del mono al hombre tuvo lugar con la aparición de la caza. El mono predador debía constituir una sociedad humana.

MORIN.—Esto que usted dice es muy importante. Toda una serie de trabajos realizados por los antropólogos americanos Washburn y DeVore han arrojado luz sobre este problema. Pero sobre la base de estos descubrimientos, usted ha elaborado una teoría. ¿En qué principios se fundamenta?

MOSCOVICI.—El punto central de mi argumentación teórica es el siguiente: hasta ahora, para tratar de explicar la evolución humana o la aparición del hombre a través de sus rasgos distintivos, los científicos se han venido apoyando en una dinámica biológica que, a decir verdad, nunca ha estado muy clara. Todo se reducía a constatar la aparición de un rasgo, de una mutación, de una especie de accidente, y ello, porque los antropólogos no han tenido en cuenta la dinámica social.

Caminar erguido

«En la teoría por mí propuesta es, por el contrario, la dinámica social de las sociedades de primates lo realmente fundamental. Traté de demostrar que en esa sociedad hay siempre una población excluida, supernumeraria, que es la formada por los jóvenes machos. Estos no tienen acceso ni a las hembras ni a los recursos esenciales de los grupos. Cierta número de investigaciones —poco conocidas, aunque apasionantes— han demostrado la aparición de comportamientos innovadores en los jóvenes machos: son, en efecto, ellos quienes, apartándose del sector familiar a los grupos de que forman parte, entran en contacto con el mundo exterior, por así decirlo; son ellos quienes se han visto obligados a desarrollar capacidades nuevas, como son luchar contra otras especies o fabricar herramientas.

«En el paso del mono al homínido hay diversos factores de importancia. Por ejemplo, el que representa el cambio de cuadrúpedo a bípedo. Un primate común utiliza el bipedismo sólo ocasionalmente. Pero cuando éste se convierte en regla, el animal puede utilizar sistemáticamente las patas delanteras para transportar herramientas. El bipedismo sería importante en el caso de una especie que viviese en el límite de la sabana, ya que permitiría al animal correr por entre las hierbas llevando algo entre sus patas delanteras; una presa por él capturada, por ejemplo. Por último, el mono prehomínido se convirtió en cazador gracias precisamente a su adquirida capacidad para utilizar un instrumento, un arma. Y para ello era preciso el desarrollo del bipedismo. Además, tan pronto como comenzó a vivir en la sabana

hubo de aprender a caminar erguido.

«Al mismo tiempo que su especialización predatoria, se desarrolló en el mono el conocimiento del mundo animal. Los primates no predadores viven junto a otros animales sin tener contacto real con ellos. Los babuinos van a calmar su sed a los mismos manantiales adonde acuden los leones o los antílopes, pero entre ellos no existe relación diferenciada alguna. En la selva, los animales que viven a cierto nivel no tienen a menudo ningún contacto con los que viven a un nivel diferente. La predación y la caza pusieron, por el contrario, al homínido y a los otros animales en una relación mutua muy particular. El animal se convierte en recurso del hombre, y éste intenta, a partir de ese momento, conocer al animal para mejor cazarlo. El hombre desarrolla su saber, y el animal se convierte a la vez en blanco y objeto de estudio del hombre.

MORIN.—Pero este paso a la predación, que tantos cambios comporta a partir de un grupo marginal de monos superiores, entraña igualmente un cambio en la organización social.

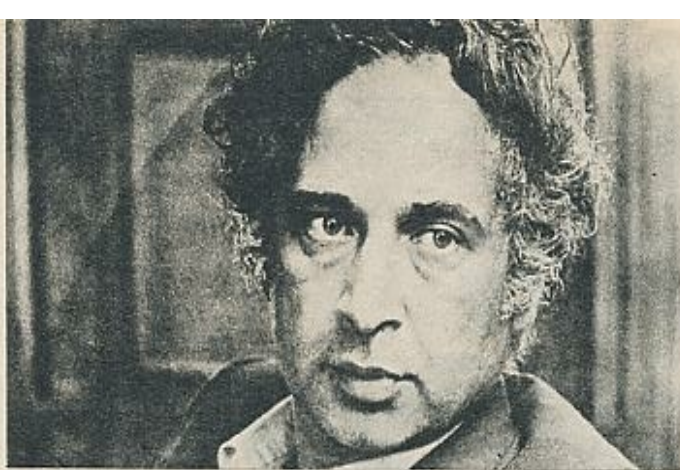
MOSCOVICI.—Ciertamente. Yo mismo he tratado de describir ese cambio social. En determinadas sociedades de primates, la unidad social de base se halla constituida por dos pares que están relativamente separados entre sí: por un lado está el par constituido por la madre y su prole; por otro lado, el par formado por el macho y la hembra. Es decir, tenemos un par nuclear y un par reproductor.

«Las relaciones entre el macho y la prole de la hembra no son «familiares», sino más bien conflictivas. Además, ¿cómo podría el macho ver en el joven animal a un descendiente suyo? Independientemente de estos dos pares es posible detectar la existencia de una doble jerarquía: una jerarquía de generaciones y una jerarquía sexual. Es decir, que los adultos dominan a los jóvenes, y los machos a las hembras. Pero son, sobre todo, los machos adultos quienes dominan en general.

—¿Cuáles son las transformaciones operadas por la sociedad predatoria?

MOSCOVICI.—La caza ha introducido probablemente una modificación capital: la necesidad de una cooperación entre todos los machos, jóvenes incluidos. La caza es, en efecto, una actividad colectiva, a diferencia del forrajeo y la recolección, que pueden efectuar individuos solos.

«Y es en este momento cuando se produce un cambio de vital importancia: el origen de la paternidad. En efecto, gracias a la caza se establece una nueva relación cooperativa, constructiva, entre el macho adulto y el joven. Este es considerado a partir de entonces por el adulto como prole suya, aunque biológicamente no lo sea. Del mismo modo, en ciertas sociedades hu-



Serge Moscovici: «Hay organización social cuando existe una jerarquía sexual...».

manas, el «padre» de un niño no es necesariamente su «progenitor». Con esta aparición del padre se forma el triángulo familiar.

—El acto de cazar introduce, pues, una relación de paternidad entre el macho adulto y el joven...

MOSCOVICI.—Sí, porque la caza es una actividad masculina, de la que quedan excluidas las hembras. La formación de los futuros cazadores es competencia exclusiva del padre.

MORIN.—Efectivamente, y aunque parezca paradójico, al crear la figura del padre, la caza aumenta las diferencias entre machos y hembras. Las mujeres se quedan en casa y se dedican a la maternidad o a la recolección. ¿No tenemos ya ahí las raíces de una desigualdad social entre hombres y mujeres que condicionarán las relaciones sociales en el curso de la evolución?

MOSCOVICI.—Se trata de un problema harto complejo. En mi libro trato de mostrar cómo esa desigualdad de hecho se traslada al interior de las sociedades humanas y cómo se mantiene en su seno. En mi opinión, se mantiene gracias a la prohibición del incesto. El problema de la prohibición del incesto se halla, en efecto, simultáneamente ligado a la constitución de las sociedades humanas y a la desigualdad entre los sexos. En primer lugar, hay que aclarar que el incesto, por lo menos el incesto entre una madre y su cría, no existe entre los monos superiores.

—¿Por qué? ¿Se trata acaso de la obediencia absoluta a una regla social, o es, por el contrario, resultado de un mecanismo innato?

MOSCOVICI.—Existe, evidentemente, una reglamentación social de la sexualidad debido a que sólo algunos machos tienen acceso a ciertas hembras. Pero el incesto entre madre e hijo no se observa jamás. Y esta constatación tiene importantes consecuencias: como no hay promiscuidad sexual entre los monos superiores, no se pasa de un caos en el que reinaban la promiscuidad y el incesto a una sociedad organizada, la nuestra.

El macho dominante

—El sueño de una «naturaleza» donde todo está permitido se debe sin duda a que se ignora que los demás seres vivos están igualmente organizados en sociedades y que la «naturaleza» con que se sueña

no existe en realidad. Pero, entonces, la prohibición del incesto no es una característica humana, un rasgo diferenciador, ¿no es eso?

MOSCOVICI.—Se ha dicho, efectivamente, que la prohibición del incesto es una regla universal en las sociedades humanas. Cuando se examinan las cosas más de cerca, se constata que esta prohibición sólo se aplica sistemáticamente a las relaciones entre una madre y su hijo. El incesto entre padre e hija no está tan prohibido ni tan duramente penado. Existen igualmente sociedades africanas en las que el incesto es obligatorio para acceder a una alta posición. Es verdad que este incesto está reservado a un grupo restringido y dominante, pero existe.

—En mi opinión, la prohibición o el derecho al incesto expresa, dentro de nuestras sociedades, una desigualdad. ¿Por qué? Porque si en una sociedad los hijos se quedasen con su madre, se derrumbaría el poder dominante de los machos o de los padres. En cierto sentido, la madre y sus hijos formarían un nuevo grupo de jerarquía femenina. Si los hijos no entrasen automáticamente —mediante la iniciación y la prohibición del incesto— en el grupo de los machos, los poderes de que goza el grupo masculino se verían inmediatamente debilitados.

MORIN.—Sí, pero el que el incesto padre-hija no esté tan severamente condenado como el incesto madre-hijo, no impide su exclusión a través de las reglas de la exogamia. La exogamia es un intercambio de mujeres efectuado bajo la autoridad de los hombres-padres, por lo que afirma la autoridad masculina. En mi opinión, pues, la prohibición del incesto mantiene la desigualdad entre los sexos como condición de la exogamia.

MOSCOVICI.—La Sociología estudia sociedades de hombres. Y en estas sociedades, el matrimonio es un intercambio de mujeres. ¿Por qué se intercambian? No es un dato de naturaleza, sino un dato de la sociedad. Es preciso saber en cierto modo dominar para poder intercambiar grupos humanos. Eso es lo que he demostrado en mi libro. Cuando dos grupos de hombres intercambian mujeres para el matrimonio, están en realidad reafirmando su dominio.

—Por otro lado, en los mitos —como muy bien ha demostrado Lévi-Strauss— se ve claramente que la relación entre hombres y mujeres constituye un esbozo de la

relación amo-esclavo. ¿Cuál es, entonces, la regla que dentro de una sociedad convierte a unos en amos y a otros en esclavos?

—Volvamos, si les parece, sobre la prohibición del incesto. ¿No creen ustedes que el riesgo de dar a luz a hijos anormales ha podido influir igualmente sobre esa prohibición?

MORIN.—La teoría de que usted habla no parece totalmente confirmada. Muchos especialistas en genética opinan que la prole de una unión incestuosa no tiene por qué ser degenerada. Además, aun suponiendo que naciese determinado número de hijos anormales, éstos no tendrían sin duda posibilidad social alguna de reproducirse. Y aun cuando se reprodujesen, los genes portadores de taras tendrían grandes probabilidades de dispersarse. A escala de varias generaciones, el incesto no parece, pues, constituir ningún problema biológico grave.

—Habría mucho más que decir sobre este tema, pero la explicación biológica de la prohibición del incesto parece ser, a fin de cuentas, un falso camino. El problema que se plantea es el de averiguar cómo es que el primer modelo de dominio de un grupo sobre otro puede convertirse en modelo de los demás tipos de dominio o explotación sociales que han existido desde entonces.

MOSCOVICI.—Es una pregunta a la que, desgraciadamente, no puedo dar respuesta. Sin embargo, yo mismo me he formulado a ese respecto una pregunta mucho más general.

—Vivimos, en efecto, convencidos de que en el transcurso de la evolución de las sociedades ha disminuido el número y la intensidad de las desigualdades. Ahora bien, yo he podido constatar la falsedad de semejante idea. Parece ser, por el contrario, que las sociedades tienen tendencia a conservar y utilizar las desigualdades precedentes. Es decir, que a las desigualdades debidas a la edad y al sexo se añaden desigualdades de tipo político con la creación de los Estados, desigualdades de saber con la ciencia, etcétera. Pienso que, en cierto modo, los movimientos juveniles actuales expresan un profundo rechazo de todas esas desigualdades.

—Y en este sentido, el libro de Serge Moscovici responde a las mismas preocupaciones que la reunión celebrada en la abadía de Royaumont...

MORIN.—Sí. Moscovici ha desmontado ciertos mecanismos de base inherentes al pensamiento contemporáneo, y era esta una preocupación constante en Royaumont. Tomemos un ejemplo: el libro de Moscovici demuestra que las mujeres dominadas y sometidas a intercambio dentro del marco de la exogamia, son consideradas como un producto natural.

—Hace un momento hablamos de la oposición entre Naturaleza y cul-

tura. Era este, sin duda, un concepto útil en las ciencias, aunque ahora sea preciso abandonarlo. Serge Moscovici ha demostrado además cómo esa oposición ocultaba, bajo una máscara científica, un contenido claramente ideológico: se coloca la etiqueta de «naturaleza» a todo lo que se trata de dominar y subordinar (animales, mujeres y niños), y se clasifica como «cultura» todo lo que es monopolio de los machos y en muchos casos instrumento de dominio.

—Pues bien, también en Royaumont se concedió gran importancia a la posibilidad de superar esa tradicional oposición, aun cuando allí el enfoque fuese aparentemente menos ideológico y más científico. Digo aparentemente porque en Royaumont tratamos de establecer un concepto unificado del hombre, concepto fundamentado en una reconsideración de nuestros lazos con la Naturaleza, en el reconocimiento del primate en el hombre y en la abolición de la barrera tradicional entre las ciencias humanas y las naturales. Esta nueva concepción del hombre lleva muy lejos.

—¿No es de temer que esa irrupción de la «Naturaleza» en el escenario humano, o más bien de las ciencias naturales en el campo de las ciencias humanas, entrañe la muerte de la concepción humanista?

MORIN.—Pero también se transformará la concepción biológica. Se trata justamente de reventar las ciencias «cerradas» para hacer del estudio del hombre, como dice Henri Atlan, un «sistema abierto». La ciencia del hombre debe abrirse al Universo físico, del que es un elemento; a la naturaleza de primate que el hombre lleva dentro y a todos los sistemas de vida de los que forma parte. El término de «sistema abierto» puede parecer bárbaro. Procede de la cibernética. Lo producido por el sistema no se desliga totalmente del mismo, sino que vuelve sobre él para transformarlo. Así, la Ecología, ciencia de sistema abierto, no puede despreciar nada de lo que produce el ecosistema: todo afecta al equilibrio ecológico. Pues bien, el hombre debería ser concebido como un ecosistema.

—¿Puede usted darnos algún ejemplo relacionado con el encuentro de Royaumont?

MORIN.—Sí. Allí se nos brindaron excelentes ejemplos relativos a la unidad real entre el hombre y los primates. Algunas ponencias, como las de Gastaut, Jouvét, Ruffié, Elbl-Elbesfeld, Chance, giraron en torno a esta cuestión. Pero lo que para la mayoría de los allí presentes constituyó una auténtica revelación fueron los informes de los Gardner y de Premack. Los Gardner enseñaron a un chimpancé llamado «Washoe» un auténtico lenguaje compuesto por señas empentadas con las que utilizan los sordomudos. En Royaumont nos mostraron un film en el que se

Somos comprensivos

FERODO*

es la máxima calidad
en materiales de fricción

Comprendemos que otros vendan con nuestro nombre

Sabemos que en el mundo del automóvil se llaman "ferodos" a todas las zapatas y pastillas de freno. Es lógico. FERODO ha ido siempre en vanguardia en materiales de fricción para frenos.

FERODO ha representado siempre la máxima calidad y la primera marca mundial (marca registrada) en zapatas y pastillas de freno.

Usted sabe que los materiales de fricción son los que, de verdad, hacen frenar a su freno. Exija la máxima eficacia y seguridad que le ofrece FERODO.



* FERODO; máxima calidad en Pastillas para frenos de disco. Zapatas para frenos de tambor y Guarniciones para embragues.

FERODO ESPAÑOLA, S. A.
Miguel Yuste, 35 - Madrid, 17

Es muy importante que su coche lleve "ferodos" que sean FERODO.

TODOS SOMOS PRIMATES



apreciaba claramente que «Washoe» estaba en posesión de un vocabulario determinado y disponía de una sintaxis elemental. Entonces comprendimos que si los chimpancés no habían aprendido a hablar, no era por falta de aptitudes cerebrales, sino de posibilidades glóticas. La escena más extraordinaria del documental es una en que la ayudante de los Gardner le pregunta a «Washoe», que se está mirando al espejo: «¿Quién es éste?», a lo que el chimpancé responde mediante señas convenidas: «Yo, «Washoe»».

«Por otro lado, Premack, que había llevado a cabo una serie de ejercicios sistemáticos con su chimpancé «Sara», a la que había enseñado a comunicarse mediante signos dibujados en fichas, nos demostró que un chimpancé puede construir frases elementales y manipular signos abstractos; en una palabra, que «piensa». Esto enlaza, por otro lado, con la hipótesis de Serge Moscovici en torno al origen de la Humanidad: el australopiteco; ese bipedo antepasado nuestro no difería esencialmente, en cuanto a aptitudes, del chimpancé. Sus aptitudes se desarrollaron cuando salió de la selva para vivir en la sabana y convertirse en carnívoro, en predator, en cazador.

—¿No tiene acaso otro sentido el término «la unidad del hombre»?

MORIN.—Sí. La unidad del hombre es la unidad de la especie humana. Este aspecto constituyó el segundo tema de nuestro encuentro. No es un hecho suficientemente sabido el que, aunque la Humanidad se ha dispersado por el planeta en el transcurso de los cincuenta o cien mil años, aunque en ella se han introducido diferencias de color de piel, talla, rasgos físicos, costumbres, culturas, ritos, creencias, etcétera, todos los seres humanos expresan su afectividad del mismo modo. La expresan en primer lugar mediante la sonrisa, que el niño no tiene que aprender, pues la lleva dentro de manera innata, como nos demostró claramente un film de Eibl-Eibesfeld en torno a una niña sordomuda y ciega, que sonríe sin haber visto nunca una sonrisa. También expresan esa afectividad mediante la risa y las lágrimas. Es decir, que todos tenemos fundamentalmente la misma afectividad.

«Eibl-Eibesfeld nos mostró otra película en la que se ven rostros humanos de todas las razas, de diversas culturas, arcaicas y civilizadas y al sonreír, cada uno de esos rostros acompaña la sonrisa de un rápido movimiento de cejas, que tiene en todas partes el mismo significado de saludo amistoso. Ese pequeño film nos descubre la profunda unidad afectiva de nuestra especie. Pero la unidad del hombre no es únicamente afectiva. Durante mucho tiempo se creyó que todos los hombres tenían en común la plasticidad, la adaptabilidad. Ahora bien, en el plano de la estructura

social del lenguaje, de la percepción, cabe establecer la hipótesis de que el hombre dispone de principios organizativos innatos, de estrategias constructoras o creadoras.

«Y aquí surge el tercer tema tratado en la reunión de Royaumont: ¿cómo entender esos principios organizadores? Esta cuestión nos lleva directamente al problema del cerebro. El cerebro es una máquina compuesta por diez mil millones de neuronas, cuya comprensión sigue representando un desafío para nuestro entendimiento, aun cuando éste sea un producto de esa máquina. El cerebro no puede considerarse evidentemente un órgano como los demás. Es la clave organizativa de todo lo específicamente humano, incluida la sociedad. En la reunión de Royaumont se produjeron vivas y polémicas discusiones en torno a este punto precisamente. Algunos, como Changeux, parten modesta y pacientemente de las vías de transmisión del influjo nervioso; otros proponen un cuadro teórico más global, pero que algunos consideran demasiado vago e infrecuente.

«Carezco de la competencia necesaria para discutir de las experiencias en que se apoyan unos y otros, pero me apasiona especialmente la tesis de McLean, que trata de concebir la estructura del cerebro humano a partir de la evolución zoológica; así como la de Henri Atlan, que intenta, siguiendo en ello a W. Ross Ashby, extender la teoría de la Información al funcionamiento del cerebro. Por otro lado, es de notar la incapacidad del cerebro para distinguir lo real de lo imaginario, circunstancia esta que nos conduce de nuevo al problema permanente del conocimiento (Maturana, Von Foerster), del sueño (Jouvet, Gastaut), del delirio. Cada vez estoy más convencido de que lo que de creador existe en el espíritu humano es inseparable de lo que en él hay de desordenado, de destructor; cada vez estoy más convencido de que la razón se halla en el límite mismo del delirio, de que el sueño es la miel del pensamiento...

—Si el individuo humano funciona como unidad, ello se debe, sin duda, a esos principios organizadores, que «recuperan» los elementos desordenados, ¿no es cierto?

MORIN.—Sí, y gracias a eso podemos concebir la diversidad humana.

«Esto me lleva al cuarto gran tema de la reunión: se trataba de enfocar los principios de la antropología cultural o social. ¿Cómo concebir la extraordinaria diversidad de culturas, en el espacio y el tiempo, a partir de los primeros principios comunes, cuyas diferentes culturas serían en realidad variaciones y transformaciones? No se trata de reducir la pluralidad, sino de llegar a comprenderla. La solución de este problema se hace cada vez más acuciante; se trata, evidentemente, del problema clave

Durante mucho tiempo se pensó que los monos vivían en hordas bajo la autoridad puramente sexual de un macho tiránico y polígamo, cuando lo cierto es que constituyen verdaderas sociedades. La consecuencia de esto es que resulta cada vez más difícil trazar una línea divisoria entre el hombre y el animal. De ahí que sea preciso, ante todo, comprender las condiciones que permitieron que tal o cual rasgo potencial en el animal llegase a ser un rasgo actual en el hombre.

de la ciencia del hombre, un problema bien formulado por Godallier, Sperber y Katz, entre otros.

—En mi opinión, la Ecología, que constituye por sí misma un sistema cibernético «abierto», sustiene algunas de estas concepciones. ¿Cómo concibe usted la Ecología?

MOSCOVICI.—Hay dos conceptos distintos de la Ecología. El primero —en mi opinión, falso— considera la Ecología simplemente como el estudio del medio ambiente; es decir, como el estudio de un objeto exterior común a todas las especies. El segundo, que yo mismo propuse hace ya varios años, está vinculado a la causalidad cibernética y a la teoría de los sistemas. Según este último concepto, nosotros fabricamos la Naturaleza, y ésta, a su vez, nos fabrica a nosotros. El sistema es abierto; es decir, que no está definitivamente constituido ni es totalmente determinable. Por eso ya propondría que se considerase a la Naturaleza como histórica, ya que contiene al hombre como uno de sus factores determinantes.

«Desde ese punto de vista, podríamos hablar de una antropogonía: una evolución química dio forma a la Naturaleza; posteriormente, una evolución biológica la modificó, y por último, con el hombre la evolución social le da nueva forma. Por eso no podemos hablar de una Naturaleza en estado puro, como no existe tampoco una sociedad antinatural. El movimiento ecológico nos recuerda que al estudiar otros tipos de sociedades descubrimos un nuevo lazo con la Naturaleza.

—La conclusión que se impone es que a partir de los primates, el hombre no ha dejado un solo instante de construir su ecología y, en el fondo, su naturaleza.

MOSCOVICI.—Exactamente.

MORIN.—Cabría incluso decir, esquemáticamente, que la totalidad de los seres vivos en un medio físico constituye una determinada organización, que llamamos ecosistema. Pero esta organización se modifica constantemente, debido a

varios factores: migración de una especie, mutación, cambio de clima, etcétera.

«Ahora bien, resulta que el pensamiento preecológico ha considerado siempre al hombre como un ser insular inmutable en el seno del ecosistema. Se trata, evidentemente, de la vieja idea cartesiana: el hombre ocupa un lugar en el espacio, es una entre otras cosas, pero, extrañamente, tiene algo más: su pensamiento. Esta idea es insostenible; también el pensamiento forma parte del ecosistema. No puede hacer desaparecer mágicamente a la «naturaleza».

MOSCOVICI.—Cierto, y no parece que la diferencia entre las sociedades anteriores al hombre y las primeras sociedades humanas sea mayor que la diferencia entre las sociedades que no tienen clases sociales y las que sí las tienen.

MORIN.—En un plano concreto, estas ideas tienen por lo menos dos consecuencias importantes. En primer lugar, en el plano social podemos entrever por vez primera la posibilidad de una sociedad radicalmente distinta.

—¿Por qué?

MOSCOVICI.—Creo poder contestar a su pregunta. Pienso, por ejemplo, que la transformación de las relaciones sociales tendrá por fin en cuenta los cambios ecológicos introducidos en la organización urbana y en la naturaleza del trabajo, y en particular la relación entre el trabajo manual y el intelectual, las relaciones entre la ciudad y el campo, etcétera. Ya no es posible tener en cuenta los aspectos biológicos y ecológicos.

—¿Y en cuanto a la segunda consecuencia, señor Morin?

MORIN.—Bueno, se trata de una cuestión aparentemente más teórica (aunque desemboque en lo concreto) que constituyó, por otro lado, el último tema de los tratados en la reunión de Royaumont. Gracias a esta nueva concepción unitaria del hombre hemos comenzado a entrever que uno de los focos principales de la crisis contemporánea se halla en el interior de la ciencia. El sabio que toma conciencia del mundo exterior ya no puede jugar a ser Moisés, como hacía Einstein antes de la bomba atómica. Hoy, ese sabio debe tomar conciencia de que el mal radica igualmente en el desarrollo incontrolado, y que él no es más que Job en el estercolero.

«Es preciso que se agudice aún más la crisis para que de ella se desprendan por fin las soluciones más profundas. Es preciso que comprendamos de una vez que la ciencia del hombre no existe aún para que ésta pueda nacer. Y es preciso que ésta nazca para que haya una política del hombre, y que haya tal política del hombre para la supervivencia y el desarrollo de la Humanidad. No hemos hecho más que iniciar una larga marcha... ■ N. O.